

FRENTE AL GLACIAR QUE VIO EL PERITO

Daniel Prieto Castillo
Santa Cruz, agosto de 1997

I

Lo imaginé
un espejo hasta el cielo,
un mar detenido en una ola capaz de arrastrar las estrellas,
un monte de cristal suspendido en el tiempo,
exacto desde la eternidad,
sin una migaja de vida en sus entrañas ni sobre su piel.

No imaginé
la superficie monocorde del espejo;
sino
espejos de voluptuosidad gélida,
en danza y contradanza,
cordilleras de hielo,
valles de hielo,
cataratas detenidas,
puentes de hielo
sobre abismos de hielo,
espejos con sus caras
hacia todos los crepúsculos y todos los abismos,
torbellino inmóvil de espejos,
reflejos contra reflejos,
ecos de imágenes, miradas detenidas para siempre.

El glaciar, lo soñé así,
se repite en sus caras y contracaras,
se enseñorea en su cuerpo exangüe,
en su sangre aletargada,
pulso de estrella apagada,
pulso de destellos, de brillos entrecortados,
de estalactitas derrumbadas por algún viento blanco.

II

Nada de lo imaginado alcanza.

Nada de lo imaginado pudo anticipar
lo que me arrasa ahora la mirada.

Veo una muralla de delirio,
una montaña de la locura que hubiera
enloquecido aún más a Lovekraft,
o le hubiera privado de su recta razón a Hegel,
sobre todo por aquellas páginas tuyas de la Estética,
cuando leía en la naturaleza solo simetrías, regularidades,
lugares exactos de estructuras,
como si campeara en ella una armonía incontenible.
(Inspirado andaría en sus ordenados paisajes germánicos.
Recuerdo, desde algún vuelo, la superficie monocorde,
mansa, del Río de la Plata, tan geométrica, tan euclideana,
con sus barquitos a vela pintados
a la manera de una decoración cursi).

Pobre Hegel.

El glaciar encierra, y proyecta, todas las formas y las desformas,
geometría no euclidiana hasta la violencia,
burla a la mirada cartesiana,
res extensa intensa, tensa,
ajena a cualquier orden.

No me vengan con esa bobada hegeliana
"la naturaleza imita al arte".

Creaciones miserables las nuestras,
copia de otra copia, como decía el viejo Platón.

¿Anduvo por acá Gaudí?

No anduvo.

¿Soñó (noche de sobresaltos, casi mortal) estos espacios?

No soñó.

Sus juegos de casas dislocadas, sus ángulos tramposos,
sus perspectivas invertidas,
son balbuceos de principiante,
apenas gestos de un recién nacido aterrado por la vida,
incapaz de coordinar la mano y la mirada.

III

Estoy aterido junto a él, sin aliento,
con los ojos al borde del espanto.

¿De dónde aferrarse?

¿Cómo encontrar un asidero para retomar
nuestro pobrecito equilibrio?

Los pies vacilan asustados,
a su lado no resiste ninguna superficie,
todo se fragmenta y sientes como si cada pisada tuya
fuera un derrumbe,
como si esta precaria seguridad de nuestro andar
hubiera sido un engaño al que nos habituaron
desde el útero otros seres engañados.

Mentiras de mis sueños lo del silencio.

Una tremenda desforma se desprende de una cara
(¿cara? Torpe lenguaje el nuestro)
y retumba en mil gargantas (torpe, torpe)
contra las aguas verdhelado.

Luego sobreviene el otro, nacido en lo profundo.
un vagido (...) extrahumano, más allá de toda vida.

Recuerdo palabras de nuestro Juan Draghi Lucero:
 hay un sonido que viene de lo hondo de la montaña,
 un sonido extrahumano.
 Comprendo ahora, años más tarde.
 Siento un sonido gélido,
 una voz (¡ay de nuestra lengua!) cercana
 al terror de cualquier origen,
 un ruido como el de un sol exhausto,
 desbarrancado noche abajo.
 Y después nada,
 sólo el viento, tan eterno como él.

IV

Un pájaro vuela a la deriva sobre su espalda,
 rumbo al oeste.
 No llega lejos en tal desnorte.
 Imposible no mirar hacia abajo cuando te llama
 ese desvarío como desde un infierno
 (tal vez por acá se entra,
 Virgilio y Dante no hicieron más que recorrer un simulacro,
 con ordenados círculos llenos de sombras dolientes,
 paisaje humanizado, cuando el infierno es lo otro absoluto,
 la experiencia del hielo en su profundo cuerpo;
 dele usted un marco de lógica al infierno y juegue luego
 a imaginar bobadas que a nadie asustan,
 como esos seres con la cabeza mirando hacia atrás
 o esos ataúdes con sombras condenadas a gemir
 como incontrollables plañideras;
 infiernos de opereta).
 y regresa como quien va golpeándose contra muros invisibles;
 cuando pisa la costa afloja las alas
 y canta.

Nadie anidó jamás
 sobre esos plegamientos descontrolados,
 nadie se desventuró en esas grietas azul intenso,

en esas cuevas donde acecha sólo la nada.
 Supongamos un pájaro con su razón de pájaro
 herida.
 Supongámoslo en su desvarío,
 empecinado en construir un nido sobre este lomo encabritado.
 Supongámoslo capaz de vencer vértigos
 y de sostener una endeble estructura de ramitas y barro.
 Supongamos que soporta el frío,
 pone huevos y hasta, un día, ve nacer a sus críos.
 ¡Ay de ellos! No bien asomen al borde del nido
 enloquecerán y no acertarán jamás a dominar las alas,
 cantarán con un sonido atroz y un amanecer
 se suicidarán ladera abajo
 en remolinos en contradanza,
 chocando acá,
 rebotando allá,
 hasta ser nada
 en el desfondo
 del lago.

V

Exclusión total de la recta y de la buena curva;
 burla al aburrido cubo y a la arrogante esfera;
 humillación de la pretenciosa geometría del diamante;
 descuadre de los monótonos juegos de los ángulos;
 poliedrización frenética, sin lados para contar,
 sin bases ni alturas,
 ni vértices;
 multicaedro, multiprisma disparado en todas direcciones,
 negación del adelante, del arriba, del ayer y del mañana,
 es.

VI

En las noches de luna, cuentan, resplandece como un inmenso.

desforme, contraforme fantasma.
 Pobrecita luna,
 tan redonda y lironda ella,
 humillada contra acantilados de espanto,
 contra antiprismas brotados como cabezas
 contrapunteadas de hidras,
 contra olas congeladas en su más atroz abrazo,
 contra estalagnitas hundidas en su rostro,
 contra pirámides invertidas, desvencijadas,
 contra marejadas de ramas de un árbol enraizado
 en un ayer sin márgenes,
 árbol imposible, jamás soñado
 ni en el más abigarrado rincón del trópico.

VII

Nada refleja, de nada es espejo.
 Opacidad contra opacidad,
 pero no la de la terca roca de mis montañas,
 opacidad tenue, vestida de ese azul claro en sus superficies
 y profundo en sus heridas.
 ¿Reflejo de cielos, entonces?
 ¿Cielo enloquecido abajo.
 con el manto retorcido, quebrado,
 hacia todos los cardinales?

No espejo de ningún cielo.
 El hielo traza su camino
 sin ser eco de nadie.
 Tiempo le sobra, y fuerza,
 para no pedir prestada
 forma alguna,
 para crearlas todas,
 desdibujarlas de raíz,
 tornarlas contradicción absoluta
 del torpe equilibrio
 de nuestros espacios.

VIII

Ha pasado el mediodía.
Con algo desfondado muy a lo hondo
ensayo unas pisadas titubeantes rumbo a un lugar
más nuestro, sujeto a ordenadas y coordenadas,
a latitudes y longitudes,
a arriba y abajo, a figura y fondo.

Me serenaré, seguro, rearmaré la endeble
arquitectura de mi mirada
y tornaré a ser el de siempre,
una criatura humana en un mundo humano.
Pero algo se ha agrietado muy adentro,
una geometría feroz se abre paso a dentelladas
en mis pobrecitas seguridades.

Parto sin partir, habitado sin remedio
por esta eternidad desgarrada.